

Hace como cuatro mil años, en la edad de las leyendas, Europa, una princesa de Fenicia, cuna del alfabeto, fue seducida por un magnífico toro blanco. La joven, deslumbrada por la belleza del animal, subió sobre su lomo y el toro, que resultó ser Zeus, la transportó por encima del mar hasta Creta. Allí, Europa tuvo tres hijos, uno de ellos Minos, que construyó el laberinto. Herodoto quita encanto y dice que en realidad fueron piratas los autores del rapto; pero Herodoto era un escéptico.

Los griegos tienen una idea vaga de Europa, un territorio del que ellos proceden, en que ellos residen y forman frontera con entidades extrañas, como Persia o Egipto. Una zona al norte del Mediterráneo donde fundan colonias y puntos de recalada hasta Massalia o Hesperia.

Los romanos, centrados en su Mare Nostrum, conservan la leyenda como una historia fina, ya que es griega. Pero van dando forma: Plinio el Viejo califica a Europa como “la más hermosa de las tierras, elegida para congregar imperios esparcidos, suavizar las costumbres, llevar el comercio de la lengua a gentes tan diferentes y salvajes, dar humanidad a los hombres y convertirse en la patria de todas las gentes del orbe” (tercer libro de Naturalis Historia sobre Europa).

A mediados de siglo primero, un judío, ciudadano romano, Pablo de Tarso, ha partido de las costas fenicias hacia Grecia para llevar una idea novedosa sobre el más allá y la consideración del hombre. Su religión e ideología constituirá uno de los pilares de la futura Europa.

En la Edad Media, la idea de Europa va tomando cuerpo, bajo la presión de los pueblos de las estepas asiáticas por el Norte y luego del Islam por el Sur. La batalla de Poitiers o de Tours, según la crónica mozárabe del 754, se da entre árabes y europeos. Carlomagno se hace coronar emperador, domina un gran territorio de religión cristiana, acercándose a lo que fue el Imperio Romano de Occidente y el Papa lo proclama Rex Pater Europae. Pero dividirá el reino entre sus hijos. El Papa afirma su primacía sobre los reyes, puesto que estos reciben el poder de Dios. Las redes de la Iglesia se extienden sin considerar fronteras. La idea de cristiandad prevalece, pero va consolidando la de Europa.

La Edad Media española parte de pequeños núcleos en el norte peninsular para reconquistar el antiguo reino visigodo y cristiano. Su comunicación con el resto de Europa será sin embargo muy fluida. Guerreros, peregrinos, colonos, frailes, órdenes religiosas, estilos arquitectónicos, música, vienen del otro lado de los Pirineos, Toledo proporciona traducciones de textos árabes sobre filosofía griega. Las universidades comparten trívium et quadrivium. Las Cruzadas son una empresa europea, si bien España lleva su propia campaña antimusulmana. Navarra deviene en un reino de influencia francesa y un rey de Aragón muere en Muret luchando contra la cruzada antialbigense.

El Renacimiento se deja notar en toda Europa como una ola cultural propia y España participa plenamente. Italia foco secular de cultura, Roma, Nápoles son como la casa de al lado, de nuestros parientes próximos. La frontera del Este con los musulmanes se defenderá

conjuntamente, desde Viena hasta Lepanto. La lengua franca europea continúa siendo el latín.

Pero en el mismo siglo XVI, algo empieza a desviarse. Una nueva dinastía, la Habsburgo, llega desde Flandes a España con Carlos I, que es quinto de su nombre en Alemania. Se hará proclamar emperador y le calificarán de César. Su concepción del reino es aún patrimonial y para sus guerras familiares en Centroeuropa impone tasas, sofoca la rebelión de las Comunidades, se apoya de nuevo en la nobleza y provoca por dos veces la quiebra del Estado. España ha descubierto América y quien quiere algo, ha de emigrar. Con la gran expansión, comienza la gran decadencia. Quevedo hablará de los muros rotos de la patria mía.

En tres siglos, la relación de España con el resto de Europa pasará de un papel de gran potencia al de una nación secundaria y sin iniciativa. Pero Europa era nuestro ámbito, nuestro barrio, aunque fuese siempre conflictivo, las élites están al día, se codean con las del resto del continente. El pueblo sobrevive, emigra. Las colonias, el gran imperio español, las nuevas Españas eran otra cosa, como una trastienda, como un gigantesco corral tras nuestra casa. Malaspina, ilustre navegador y explorador, se extraña en el s XVIII de las costumbres de aquellas gentes que viven al otro lado del océano, bajo la corona española.

La historia acaba con la invasión francesa de 1808. Napoleón, nuevo formador, a martillazos, de Europa, se autocorona emperador. España se rebela, esta vez como nación, contra el ejército extranjero. Zaragoza es destruida. Suchet se consolida en Caspe y hasta construye un gran molino. España pierde el contacto con las colonias que, como cada provincia española, constituye su Junta de gobierno. El proyecto europeo de Napoleón fracasa al fin.

España quedará al margen de Europa durante todo el siglo XIX, sumida en guerras civiles, apartada de la política europea, de sus alianzas, de sus corrientes culturales, que sólo llegan aquí como un eco lejano.

Tras un fin de siglo algo más estable y con una cierta recuperación económica, viene el gran revulsivo. Los Estados Unidos de Norteamérica, nación emergente, arrebatada en 1898 Cuba, Puerto Rico y Filipinas, últimos restos ultramarinos. La nación vuelve a los confines de 1492. Crisis de identidad. La intelectualidad levanta la voz. Para unos, hay que reencontrar las esencias patrias, buscar el ser de España para poder deducir el estar, el imperio es una nostalgia que pesa, hay que mirar hacia adentro. Unamuno será una figura típica de esa tendencia, tintada de mística.

Pero en las primeras décadas del siglo veinte, otra corriente aporta una dirección diferente, la europeísta. Ortega y Gasset formará parte de esta vanguardia que nace en 1913. El relumbre de París es cegador, Alemania e Italia surgen como nuevos países, Gran Bretaña está en el cénit de su poder, Europa congrega imperios extensos, como pronosticó Plinio, el progreso de artes y ciencias es asombroso. Y todo a pocos kilómetros, a nuestro lado. Si se quiere estar en el mundo, hay que estar en Europa. La idea de la Europa promisoriosa se

mantendrá, a pesar de que en 1914 el continente se desangra en un enfrentamiento brutal.

Para los europeístas de entonces, la Guerra Europea quedaba desdibujada ante la conciencia de crisis de España, que compartían con los noventayochistas, Unamuno y otros. España había perdido mucho tiempo, la miseria y el analfabetismo eran muy altos, y, más que un problema de grado de industrialización, más que una cuestión económica, rondaba un problema social secular. Ortega hablaba de una España invertebrada. Para esa vertebración ayudaría acercarse a Europa, a sus instituciones, a su organización civil. Había demasiada inercia, desgana, desaliento de siglos fracasados, estructuras envejecidas que dificultaban el progreso, exceso de caciques e indicios de revancha popular, todavía amagada, larvada.

La Guerra Civil española, la última de ellas, muestra que el equilibrio social era bien escaso.

Tras la contienda, el nuevo régimen capitaneado por Franco devuelve el país a planteamientos arcaicos. Un estado más o menos corporativista, una ideología que oscila del fascismo al nacionalcatolicismo, una vaga idea de Imperio, en el sentido de ser luz y guía de los países hispanos. Represión.

Pero el tiempo no pasa en balde. A finales de los años cincuenta, la economía autárquica se atasca. Se impone una liberalización. Y el país cambia. Hay un desarrollo industrial y una gran emigración, esta vez hacia Europa, la Europa de la reconstrucción, del Plan Marshall, de la Alemania recuperada casi milagrosamente.

La idea vuelve. El trabajo está en Europa. La política sigue centrada en Europa, aunque tenga protagonistas extraeuropeos. Estamos vinculados a este continente, se ha visto en la Guerra Civil, con la intervención de Alemania, de Italia, de las Brigadas, de la División Azul en el frente ruso, de los maquis, de los exilados, de los españoles de LeClerc entrando en el París liberado. Se ve adónde van nuestros emigrantes, de dónde vienen los turistas. Europa es el ámbito de los derechos humanos, de la libertad política, de la prosperidad, del civismo, de la democracia, de leyes consensuadas que se respetan, de la tolerancia, incluso de un sexo menos reprimido que el aquí tutelado por curas y censores, de Estado laico, aun respetando las creencias religiosas, todas.

Muere Franco y el Régimen se desmorona. Se hace una transición política con pinzas. Pero sale bien. De reojo se mira a Europa, que opera de referente positivo.

El 1 de enero de 1986 se entra en la Unión Europea.

Los intercambios se incrementan, se reciben fondos europeos que en general son bien empleados y aprovechados y que ascienden entre 1989 y 2006 a 104.883 millones de euros (doble de lo que recibe Alemania). El paro desciende del 21% al 8,5%.

Los españoles se sienten europeos de siempre, es una idea de principio, pero en el último siglo ese sentimiento adquiere significados de regeneración concretos, crece llenándose de contenido. Con la entrada en la Unión, somos los más europeístas de Europa. Pero hay que distinguir entre el sentimiento de ser europeos y la vinculación que reconocemos tener con

Europa.

Factores del sentimiento europeo de los españoles son la historia compartida, algunos valores culturales comunes, el anhelo de un ámbito cívico y democrático, de tolerancia. Ciertamente que no tenemos una lengua popular común con esos países y nuestra historia con ellos ha sido muy conflictiva, pero nos reconocemos como vecinos, tantas veces aliados o enemigos, según el viento. La religión (católica, protestante u ortodoxa) no es importante para los españoles; la nuestra ha sido una ideología obligada, una serie de ritos sociales, pero el escepticismo la ha minado desde siempre y sabemos desde la edad media que “Dios ayuda a los malos cuando son más que los buenos”. Costumbres y tradiciones no están alejadas de las europeas y la misma diversidad dentro de España admite las del continente como parecidas. Los símbolos por último, son prácticamente irrelevantes.

No hay claves lingüísticas, raciales, religiosas, o filosóficas marcadas que nos identifiquen como europeos, pero existe entre nosotros una conciencia muy fuerte de historia y vivencia comunes, y de un intercambio cultural muy intenso durante siglos, literatura, música, pintura, conciencia con fundamentos firmes en la antigua cultura clásica, griega y romana.

Existen otros factores que inciden positivamente en el sentimiento europeo del español, pero de forma más instrumental. De carácter político, como la libertad de desplazamiento, los derechos civiles, el respeto a los derechos humanos y a las leyes. O bien, de tinte más económico, como el marco de prosperidad, la moneda común, la protección social, la unión política y económica frente al mundo.

Otra cosa es la vinculación con Europa. Este es un parámetro que ha crecido de forma exponencial. La libre circulación y comercio, la moneda única, la política europea de fomentar el intercambio y conocimiento mutuo, como el Erasmus o, en menor medida, los hermanamientos, y el mayor poder económico de los españoles y su afición a viajar, el incremento de las relaciones comerciales, han contribuido al vínculo concreto. Los vecinos de mi pueblo, Chiprana, saben que su cooperativa exporta a toda Europa y están al tanto de la climatología en el continente y de los precios y demanda de fruta en esos países, sus hijos cruzan los Pirineos para estudiar. Los españoles ahora no sólo se sienten, sino que se ven europeos de hecho, inmersos en Europa, participantes.

Pero llegó la crisis. No voy a explicarla. Solo voy a exponer la visión que en general se nos ofrece. De 8,5% de desempleo en 2006 se ha pasado a superar el 27%. El exceso de fluidez de capital, español y extranjero (no hablamos de los Fondos Estructurales, sino de flujos libres de capital) ha hundido la economía. Y lo que vemos es que la política europea no solo no aporta soluciones, sino que lleva al desastre a más de un país, que esa política europea no está nada claro quién la dicta, que los gobiernos elegidos en las urnas, o bien son obligados a cambiar drásticamente sus programas electorales, o bien son simplemente sustituidos por “técnicos” procedentes de bancos y entidades financieras originarias de la crisis. Algo, muchas cosas están fallando, y además inexplicadamente, inexplicablemente.

Y vemos que la economía especulativa se desmarca de la productiva y el trabajador estorba,

sobre todo si reivindica. Los salarios caen de manera que en muchos casos no llegan para subsistir. La seguridad social y la sanidad se someten a criterios crematísticos (Aristóteles distinguía entre la economía y la crematística). Los derechos sociales son arrasados. La renta del capital salta por encima de las rentas del trabajo. Estas son las cosas que se ven, independientemente de que se justifiquen o no.

Unos 20 millones de españoles tienen dificultades económicas, 11 millones están bajo el nivel de pobreza y 3 millones con pobreza extrema (ingresos inferiores a 3650€ anuales). El 30% del presupuesto nacional es para pagar intereses, que tienen carácter prioritario (Alemania mantiene aún 200.000 millones de euros en activos españoles). Un 96% de nosotros considera necesaria una ley o norma de transparencia en las instituciones europeas, burocracia lejana. A pesar de todo, según dicen las encuestas, España sigue siendo el país más europeísta, tras Luxemburgo, Malta y Alemania.

Pero este panorama deja en entredicho la idea de Europa y de su carácter humanista y aun democrático. Europa sigue siendo para los españoles un marco necesario, deseable, pero solamente si conserva esa naturaleza de la que hablaba Plinio, capaz de dar humanidad a los hombres (*humanitatem homini daret*). El modelo que habíamos forjado de Europa sigue teniendo valor como tal ejemplo. La Europa de estos años no la reconocemos. ¿Pero, qué instrumentos tenemos los ciudadanos para reorientar la situación?

¿Qué fuerza brutal ha vuelto a raptar a Europa? ¿Es algo celeste e inapelable, un dios (el mercado, tal vez)? ¿Qué hijo de Europa nos ha metido en el laberinto? ¿O tenía razón Herodoto cuando hablaba de asuntos de piratas?

Hoy nos surge la pregunta de si Europa era un señuelo. Vuestra presencia, amigos, nos indica que al menos hay cosas que han valido la pena.

